



# DARK TIMES

ALEXANDRA SMOAK

SIREN  BOOKS



Primera edición: octubre 2024

© de la obra: Alexandra Smoak, 2024

© diseño de cubierta: Marta Gil, 2024

© de la corrección: Patricia Rouco

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2024

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-128545-6-5

Depósito legal: M-20075-2024

IBIC: FM

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**DARK TIMES**

# DARK TIMES

ALEXANDRA SMOAK

SIREN  BOOKS

*A ese pequeño rincón de Plaza de España en Madrid,  
donde sentadas un día cualquiera de diciembre de 2021,  
un grupo de ladies decidió entre risas que todo aquello  
que comienza con una broma puede hacerse realidad.*

# PLAYLIST

la di die (feat. Jaden Hossler) - Nessa Barrett, jxdn  
It's All Coming Back to Me Now - Radio Version - Céline Dion  
Dusk Till Dawn (feat. SIA) - Radio Edit - ZAYN, SIA  
Automático - María Becerra  
Him & I - G-Eazy, Halsey  
HOPE (with Kidd Keo) - TALE\$, Kidd Keo  
Flames (with ZAYN) - R3HAB, ZAYN, Jungleboi  
Centuries - Fall Out Boy  
Without Me - Halsey  
Sour Diesel - ZAYN  
Immortals - Fall Out Boy  
That's the Way It Is - Céline Dion  
Fiebre (Prod. King DouDou) - Bad Gyal  
Hard 2 Face Reality - Poo Bear, Justin Bieber, Jay Electronica  
Castle - Halsey  
Red Lights (Bang Chan, Hyunjin) - Stray Kids  
wRoNg (feat. Kehlani) - ZAYN, Kehlani  
Comatose - jxdn  
Good Guy - ZAYN  
War of Hearts - Ruelle  
Ghost Of You - 5 Seconds of Summer  
Look What You Made Me Do - Taylor Swift  
BeFoUr - ZAYN  
Ya No Sé - Quevedo, Wos LasPalmas  
Nothing Else Matters - Apocalyptica  
Dark Times - The Weeknd, Ed Sheeran  
Vigilante Shit - Taylor Swift  
greedy - Tate McRae  
Don't Blame Me - Taylor Swift  
ANGELS & DEMONS - jxdn

**Aviso de contenido**

Lenguaje malsonante, violencia, armas, drogas,  
escenas y alusiones sexuales, muerte



# Prefacio

EN NINGUNA PARTE

—El corazón es un órgano de lo más curioso, ¿no te parece? —Las palabras salieron de su boca con un regusto amargo, pero dejando entrever esa sonrisa socarrona que parecía ser su principal marca de identidad—. Es el que te mantiene con vida y, a la vez, es el que puede quitártela.

Sus ojos albergaban una oscuridad igual de profunda que la habitación donde se encontraban. El suelo de madera crujía y hasta la más mínima brisa del exterior entraba en la habitación con un silbido de lo más escalofriante. Un bulto temblaba arrinconado en una esquina mientras una figura se le acercaba despacio.

—Pero no tiembles. Es solo una observación. —La figura se agachó frente al bulto y soltó una carcajada vacía.

En la penumbra, sus siluetas se diluían entre tanta oscuridad. Todo lo que se podía ver era un maltrecho colchón cubierto de polvo y una chica de aspecto cadavérico tumbada sobre él, al lado del tembloroso bulto.

—Puedo oír los latidos de tu corazón. Está completamente desbocado. —Se levantó y se sacudió la ropa—. Ten cuidado, sería bastante patético que tu corazón te matase antes que yo. Y el tiempo corre en tu contra, por lo que parece. —Se dio media vuelta y salió dando un sonoro portazo, dejando una estela de miedo palpable en el ambiente.

El bulto tembló una vez más y, de repente, se quedó paralizado. Algo se alzaba entre las sombras, algo cuyos latidos de corazón recordaban a un reloj.

Puntuales, breves, estables.

Tic.

Tac.

Tic.

Tac.

Tic.

Tac.

—Eh. Respira.

# PARTE I

«Si la salvación quieres alcanzar,  
entre la pureza del lugar has de saber buscar».



# 1

## El Jolly Roger

Bell estaba hasta el coño de los hombres.

No era por ser soez ni por quejarse, solo era un hecho: estaba harta. Harta de sentirse como un trozo de carne cada vez que la miraban. Harta de sus gritos disfrazados de piropos, de sus aparentemente inocentes roces y de sus gestos camuflados de caballerosidad. Estaba harta de no poder estar a gusto ni siquiera en su propio bar, cansada de sentirse incómoda bajo aquellos ojos que la seguían constantemente mientras se movía por la barra. Pero, sobre todo, estaba hasta el coño de sentir que su propia piel era su jaula más asfixiante, su tortura más interminable. A veces deseaba que su cuerpo fuese distinto, pensaba que quizá, si fuese capaz de pasar desapercibida, todo sería diferente.

Pero ¿por qué cojones debería serlo? ¿Por qué debería pasar desapercibida, ser de otra manera? Ella era quien era y punto. Estaba orgullosa de su cuerpo, de su cara, de su carácter y ni se le pasaba por la cabeza cambiarlo. Los que debían cambiar eran ellos, deberían tragarse sus palabras, sus miradas y cortarse esas manos tan largas que tenían. Estaba agotada de tener que recordarse todo eso. Y aún más cuando tenía que hacerlo varias veces en una misma noche porque alguno se proponía jodérsela. Y es que solo se la jodían a ella, a Hook... no. No perdía el tiempo en preguntarse el porqué.

El Jolly Roger no era famoso precisamente por tener clientela femenina. Todas las noches se llenaba hasta los topes de borrachos que iban a ahogarse entre cervezas y copas. Muchos lo consideraban un tugurio

de mala muerte y al final siempre tenían los mismos clientes. Nadie preguntaba por algo que no fuese una bebida y, la mitad del tiempo, entre las nubes de humo y el alcohol, nadie los reconocía... y cuando ellos hacían las preguntas, a nadie le parecía sospechoso. Lo que hacía del Jolly Roger la tapadera perfecta... para investigar.

Dicen que los borrachos solo hablan la verdad y, aunque en ocasiones habían comprobado que eso era mentira, la gran mayoría de las veces la clientela del bar tenía todas las respuestas que ellos buscaban. Sabían todos los trapicheos de drogas de la ciudad, las relaciones entre los más altos cargos —más de uno había terminado hasta las trancas de *whisky* barato y sin ninguna dificultad para aflojar la lengua— y los negocios más turbios. Si querías información, todo el mundo sabía que el Jolly Roger era el sitio idóneo para conseguirla. No había ningún dato que no pudieses intercambiar por un par de copas. Porque si algo tenían los borrachos es que una vez tocabas las teclas correctas, la música de sus voces no dejaba de sonar. Y por mucho que le jodiese admitirlo y por muy asqueada que la hiciese sentir, el cuerpo de Bell era el instrumento perfecto para pulsar esas teclas. Era la regla más básica y a la vez más repugnante que tenían en el Jolly Roger; Bell odiaba usar su cuerpo como arma, pero, a veces, su cuerpo era lo único que les facilitaba las cosas. Y si tenía que usarlo, debía hacerlo. Tenía que hacer todo lo que fuese necesario para averiguar la verdad, para descubrir qué había pasado. Tenían que saber por qué nadie parecía conocer a Peter Pan.

A Bell y a Hook esto era lo que más les extrañaba. Al fin y al cabo, ellos eran meras piezas de esa trama argumental edulcorada que todo el mundo conocía; aquel cuento de hadas escrito por ese novelista que los visitó años atrás en la isla y que construyó en el Jolly Roger una historia en torno a una persona: Peter Pan. Era imposible que nadie supiese quién era. Así como era imposible que nadie supiese nada sobre Nunca Jamás. Desde que habían aterrizado en Dark Times, todo estaba envuelto en una densa capa de oscuridad, dudas e incertidumbre. Nunca Jamás había sido su hogar y, de repente, un día se esfumó y ellos

aparecieron en esa ciudad perdida en algún lugar de Inglaterra, rodeados de gente que los reconocía y a la que no le parecía extraño que se instalaran en su ciudad. Pero de Peter Pan... nadie sabía nada.

Bell sacudió la cabeza ligeramente y aceleró. El rugido de su imponente motocicleta negra rasgó la quietud de la noche, dejando tras de sí una estela de humo. A veces sus pensamientos se enredaban, pero ya no tenía ganas de perder el tiempo deshaciendo los nudos. Si seguía investigando, era en su mayoría por Hook. Estaba harta de pensar en Peter, en Nunca Jamás y en quien quiera que fuese la persona que los creó, y a la vez, era incapaz de parar. Llevaban ya unos cuantos meses viviendo por y para descubrir la verdad, pero pasaba el tiempo y seguían sin respuestas. Todo lo que les quedaba de su vida en esa isla perdida era un libro en blanco con una cubierta que había visto tiempos mucho mejores. Libro que, por supuesto, no tenían ni idea de dónde había salido ni de a quién pertenecía. Por lo que parecía, la investigación iba viento en popa.

Bell resopló cuando divisó a lo lejos el cartel medio descolgado del Jolly Roger. Otra noche más, otra ocasión para perder la paciencia.

Cuando llegó a la puerta del garaje, esta se abrió automáticamente. Metió el vehículo y apagó el motor. Deslizó el caballete hacia abajo y se apeó para quitarse el casco. Su larga melena rubia le acarició la espalda cuando el moño que llevaba terminó de deshacerse y los mechones rozaron la piel que su camiseta roja dejaba a la vista. Dejó el casco en la encimera del mueble que había al lado de la moto y caminó con paso firme hacia la puerta que comunicaba con el pequeño piso, que a su vez se conectaba directamente con el bar. Puso su huella sobre el lector que permitía la entrada a la casa y sus pisadas retumbaron a medida que cruzaba el silencioso pasillo hacia el salón.

Quedaba media hora para las doce de la noche y el bar estaba a punto de abrir. ¿Dónde cojones estaba Hook?

Una melodía llegó hasta sus oídos. Una letra romántica, unas notas musicales a piano y una voz mucho más grave que acompañaba a la cantante inundaban todo el salón. Bueno, ahora ya lo sabía. La música de Céline Dion ambientaba la estancia, como solía ser costumbre. Bell

no sabía muy bien por qué, pero Hook era el fan número uno de la cantante y entonaba a pleno pulmón toda su discografía cada vez que podía. Por eso, al abrir la puerta de la sala, no le sorprendió lo que vio. Hook cantaba subido encima del sofá, vestido únicamente con unos bóxers azules y con una botella a modo de micrófono.

Automáticamente, sonrió. Él la vio y siguió cantando, mirándola a los ojos desde el sofá, con su *man bun* a punto de deshacerse. Bell aplaudió cuando la canción terminó, al tiempo que Hook se dejaba caer en el sofá. Ella chasqueó los dedos y de ellos surgió un estallido de polvo de hada con el que apagó la cadena de música. Después, se giró hacia el pirata y se acercó lentamente a él.

—Cada día lo haces mejor —comentó mientras se sentaba a horcajadas en su regazo.

—Yo lo hago todo cada día mejor, ya deberías saberlo —contestó él, deslizando las manos por las piernas de Bell hasta llegar a su trasero.

—Si tú lo dices... —Ella acarició su pecho desnudo despacio, recreándose. Notó cómo la piel de Hook se erizaba, ligeramente perlada por el sudor tras la actuación musical. Él apretó las manos en su culo y ella soltó una carcajada en respuesta—. Como si tuvieras tanta suerte. —Se separó de él y se levantó del sofá—. Son casi las doce, hay que abrir el bar.

Bell observó detenidamente y solo pudo pensar en cerrar el bar a cal y canto y quedarse clavada en ese sofá encima de él. Pero esa noche no. Era una noche decisiva. Ese día se había celebrado una gran fiesta en una de las mansiones más lujosas de la ciudad y esperaban averiguar quién había asistido, qué tratos se habían cerrado. Si había una regla no escrita en *Dark Times* que todo el mundo conocía, era que los tratos se cerraban ante los ojos de mil invitados, en una gran fiesta. Porque la opulencia disfrazaba todos los aspectos turbios y había demasiados acuerdos cuyos detalles no interesaban que saliesen a la luz.

—Deberías ducharte y vestirte —dijo Bell mientras recogía su melena en una cola de caballo; odiaba tener que apartarse el pelo de la cara cuando trabajaba.



—Creo que te gusto más cuando no estoy vestido —respondió Hook. Se levantó del sofá y su altura se hizo evidente, así como las pocas ganas que tenía de ir al bar, y las muchas que tenía de otras cosas.

—Eso por descontado. Pero no creo que nuestra clientela piense lo mismo. Así que vamos, hoy tendremos jaleo e información fresca, espero —contestó ella, palmeando suavemente el abdomen del pirata. Desvió la vista hacia abajo y esbozó una sonrisa—. Aunque a veces, me encantaría no tener que abrir el bar.

Hook agachó la cabeza y acercó sus labios a la oreja de Bell. Rozó su lóbulo y, tras acariciarlo con la punta de la lengua, las palabras se deslizaron entre sus labios como un suspiro, erizando la piel de Bell.

—Como si tuvieras tanta suerte —susurró despacio, haciéndola sonreír. Atrapó el lóbulo de la oreja de Bell entre los dientes fugazmente y lo soltó de nuevo, soplando y provocándole un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza—. Me voy a duchar, reina. Nos espera una noche interesante.

Hook salió a paso apresurado del salón, dejando a Bell con las pulsaciones aceleradas. En realidad, odiaba que fuese capaz de provocarle esas sensaciones tan intensas. A veces, conseguía obnubilarla con tan solo un roce de labios y se olvidaba hasta de su nombre. Otras, esos estímulos la hacían sentirse vulnerable y lo odiaba profundamente. No quería olvidarse de su objetivo ni de todos los planes que habían trazado. Pero muchas veces su cuerpo opinaba lo contrario y cedía a sus instintos más primarios sin poder —ni querer— evitarlo.

Se miró en el espejo y vio sus mejillas arrojadas. Cogió un pintalabios rojo y se lo aplicó, a juego con sus pómulos. Después, con un lápiz negro, se delineó los ojos con una línea perfecta a la primera y entonces supo que esa era *la* noche. Esa noche averiguarían por fin algo sobre la identidad de Tic Tac. Estaba segura de que había asistido a la fiesta. *Tenía* que haber asistido.

—Oye, ¿crees de verdad que vendrá mucha gente? Sé que hoy ha sido la fiesta en casa de los Chambers, pero si la gente se ha puesto hasta el culo de beber champán del caro allí, dudo mucho que quieran

venir a ahogarse en vodka barato —comentó Hook entrando de nuevo en el salón, esta vez vestido y con su *man bun* perfectamente hecho.

—Ya sabes que todos los ricos terminan sucumbiendo al vodka barato cuando no hay necesidad de mantener las apariencias. Después de esas fiestas plagadas de señoras con perfumes caros y vestidos pomposos, están deseando venir a un bar de mala muerte a entretenerse con camareras guapas y alcohol del malo. Son extremadamente básicos —contestó Bell mientras chasqueaba los dedos. Una fugaz estela de polvo de hada impregnó el ambiente mientras las facciones de Hook comenzaban a cambiar sutilmente hasta hacerlo irreconocible.

Lo único malo que tenía el hecho de que aparentemente todos los reconociesen era que Hook seguía siendo el villano de la historia a ojos de todo el mundo. No podía salir sin estar oculto por una capa de la magia de Bell, que escondía todo lo que lo hacía ser él mismo: su *man bun*, la cicatriz de su muñeca derecha —que en aquella isla lejana llamada Nunca Jamás se manifestaba en forma de garfio— y esos ojos azul nomeolvides que todo el mundo reconocería en cualquier lugar. Con el polvo de hada su apariencia se volvía la del típico estereotipo de hombre inglés de porte educado, con barba de tres días, pelo corto y unos ojos negros que no transmitían lo más mínimo. Sencillo pero efectivo.

—¿En serio crees que tendrán información sobre Tic Tac? —preguntó Hook mientras se acercaban a la puerta que comunicaba el piso con el bar.

—No. Pero al menos tenemos que intentarlo. Es un puto fantasma. Nadie sabe quién es, aunque todo el mundo sabe lo que hace. Y por lo que hemos averiguado, las fechas cuadran. La delincuencia aumentó cuando él llegó a la ciudad, cuando *nosotros* llegamos. No sé si tendrá algo que ver con la razón de que hayamos aparecido aquí, pero algo oculta y quiero saber qué es. A lo mejor él sí se acuerda de Peter y de Nunca Jamás.

—Supongo que es posible, aunque me parece bastante improbable. Hay miles de habitantes en esta ciudad y nadie se acuerda de él. ¿Por

qué iba a hacerlo Tic Tac? No hemos siquiera confirmado que él también venga de Nunca Jamás, por mucho que las fechas cuadren.

Hook abrió la puerta del bar y se adentraron en él. Estaba vacío salvo por las dos camareras que ya se colocaban detrás de la barra.

Ambos se acercaron a la puerta principal del bar, continuando su conversación entre susurros.

—No lo sé, Hook. Pero alguien tiene que saber qué pasó con Peter y Nunca Jamás. Alguien real, una persona, no ese libro inútil con el que estás obsesionado.

—Hombre, tienes que admitir que tiene bastante más sentido que sea el libro el que tenga las respuestas que alguien que no sabemos siquiera si existe.

—Solo sé que estoy harta de buscar respuestas y no encontrarlas. Solo quiero volver a casa. —La frustración y la derrota eran evidentes en su voz.

—Bell, no vamos a volver a Nunca Jamás, asúmelo. No sabemos ni cómo ni por qué, pero la isla ha desaparecido y no hay vuelta atrás. Es más factible que averigüemos qué coño ha pasado con Peter o qué hace en realidad Tic Tac en la ciudad que por qué Nunca Jamás ya no existe.

Apoyó la mano en el picaporte y lo empujó hacia abajo para abrir la puerta. El callejón donde se encontraba el bar estaba oscuro y silencioso. Aún no había nadie esperando fuera para entrar, pero no tardaría en llenarse.

—Bueno, centrémonos en esta noche, a ver qué conseguimos sonsacar a la gente —respondió Bell tras chasquear los dedos de nuevo. Las luces del cartel del bar se encendieron y la entrada quedó tenuemente iluminada.

—Ten buena noche, reina. Cuidado con el tiempo —susurró Hook en respuesta acariciando con un dedo la sien de Bell.

Ella lo miró fijamente a los ojos y solo vio los iris azules, aún ocultos por la magia.

—Siempre.

Bell se dirigió a la barra a paso lento. Miró el reloj, ya daban las doce de la noche. Tenían exactamente seis horas antes de que el uso del polvo de hada empezara a provocarle efectos secundarios. Usar tanta magia todas las noches para disfrazar a Hook se convertía en un calvario que la dejaba destrozada, a veces durante horas. Odiaba con todas sus fuerzas que estar alejada del origen de su magia tuviese consecuencias tan catastróficas para su salud, pero el dolor de cabeza ya era una tortura horrible que se había acostumbrado a soportar. Todo valía la pena si eso los acercaba a su objetivo. Y si así Hook podía salir aunque fuese un rato.

Abrió un poco más su escote y se ató la camiseta en un nudo por encima del ombligo mientras se colocaba detrás de la barra, intentando no pensar en la pereza que le daba tener que usar una vez más la ventaja que le proporcionaba su aspecto físico. Estaba segura de que esa noche descubrirían algo crucial. Tenía un palpito que latía en su corazón de forma pausada pero firme. Y a pesar de sus reticencias, Bell sabía que Hook era el primer interesado en saber la verdad sobre Nunca Jamás y Peter Pan. Al fin y al cabo, no era solo su barco lo que había desaparecido. En la isla también había quedado atrás toda su vida.

## 2

# Noches de tormenta...

... chupitos de ginebra.

Lo mejor de las reglas no escritas es que nadie tiene que explicarlas. Todo el mundo las conoce y sabe que es mejor seguirlas sin hacer preguntas. Eso era lo que ocurría en el Jolly Roger: cada noche de tormenta, los chupitos de ginebra rulaban por el bar como si fuesen caramelos en una fiesta infantil.

El Jolly Roger quedaba iluminado por los fognazos de luz de los relámpagos cada vez que la puerta se abría para dejar paso a un cliente. Apenas llovía, aunque la sensación de humedad calaba los huesos de todos aquellos que se atrevían a poner un pie en la calle. Los truenos eran ensordecedores en la quietud de la noche y cada vez que la puerta oscilaba abierta, los gritos del interior del bar quedaban acallados por la madre naturaleza. Bell había sido testigo de múltiples y catastróficas tormentas en Nunca Jamás, pero en Dark Times eran peores. Parecían contener toda esa rabia que ellos mismos sentían por no saber absolutamente nada sobre cómo habían llegado allí y descargaban toda su furia cuando surcaban el cielo de la ciudad. Y cada vez eran más frecuentes. Bell estaba convencida de que aquellas tormentas no eran normales y no auguraban nada bueno. Porque con cada una, se producía una muerte. Nadie parecía encontrarlo extraño, ya que muchas veces iban acompañadas de lluvias torrenciales y se cobraban vidas inocentes en accidentes de tráfico. Bell no era supersticiosa, pero sabía que trataban de decirles algo. Tras toda su vida

en contacto con la magia, sabía diferenciar aquellas cosas que no eran parte de la naturaleza.

—Eh, guapa, ponme otro chupito. —La voz gangosa del cincuentón borracho apoyado en la barra se entremezcló con el barullo del bar mientras señalaba el pequeño vaso que tenía delante.

Bell llenó hasta arriba otro chupito y se lo sirvió. Aquel hombre se bebió el contenido de un trago, tosió un par de veces salpicando gotas de ginebra y se retiró de la barra tambaleándose. Bell siguió su figura con la mirada hasta que se perdió entre el gentío. Eran las dos de la mañana y seguía sin averiguar nada. Sabía que al menos la mitad de los presentes habían asistido a la fiesta de los Chambers, pero nadie soltaba prenda. Todavía era pronto, se dijo, y no corría la suficiente ginebra por sus venas, aun así no pudo evitar impacientarse. Aquellas glamurosas fiestas también estaban siendo cada vez más frecuentes y, por tanto, más tratos importantes se sellaban.

Bell colocó de nuevo la botella de ginebra en la estantería y se giró para echar un vistazo al ordenador que tenía escondido junto a la caja registradora de su zona de la barra. Las imágenes de las cámaras de vigilancia ocupaban la pantalla, a todo color.

En apariencia, el Jolly Roger no tenía la mejor seguridad del mundo, pero con la magia de las hadas de su parte, no había nada más lejos de la realidad. Las cámaras eran invisibles a ojos de los mortales que entraban en el bar, al igual que los micrófonos ocultos en lugares estratégicos: tanto en los baños como en el callejón donde se encontraba el local. Todo el mundo sabía que los borrachos visitan el baño y la calle mucho más que alguien sobrio y Bell y Hook no podían estar en todas partes. Pero esa noche todo estaba sorprendentemente en calma... Las habituales rayas de cocaína en la encimera del lavabo de caballeros, las absurdas rencillas entre borrachos puestos hasta las cejas de todo y el más que rutinario olor a marihuana que inundaba la escena entremezclándose con el olor a humanidad y esa esencia tan pura que desprendían los mortales. Según Hook, olían de una forma muy peculiar, a una especie de mezcla de especias fuertes y algo muy dulce, aunque

Bell simplemente creía que eran cosas suyas de pirata; para ella olían a sudor, vómito, alcohol rancio, orina y, a veces, sangre, según el número de peleas en las que se hubiesen visto involucrados. Un fiel reflejo de todo lo que pasaba allí cada noche.

Aunque de puertas para fuera el Jolly Roger era un tugurio de mala muerte perdido en un callejón desierto y maloliente, el local era un sitio bastante exclusivo y solo podía entrar aquel al que Hook permitiese pasar en la entrada. No seguía criterio alguno más que el de la intuición; habían aprendido que no siempre hay que fiarse de las apariencias y que hasta el más cabrón y barriobajero de los habitantes de Dark Times tenía algo que decir, y en ocasiones, mucho más que aquellos que se jactaban de ser elocuentes por tener una cartera llena de billetes. Aunque eso no quería decir que prohibiesen la entrada a todo aquel que Hook no permitiese entrar; para esos casos, tenían un sistema diferente. El Jolly Roger tenía una pequeña sala adjunta a la que destinaban a todos los que no pasaban el corte de Hook en la puerta. En esa estancia casi no hablaban, ya que la mayoría de los que se enviaban ahí llegaban al bar ya subidos en una nube de alcohol y estaban demasiado borrachos para tenerse en pie. Pero a veces descubrían detalles interesantes, sobre todo cuando eran invitados de las lujosas fiestas de la parte alta de la ciudad, ahí tenían que prestar más atención. Y aunque también había cámaras, tenían a alguien en esa sala para ser sus ojos.

—Espero que estés viendo a alguien echar el polvo de su vida en el baño, porque te veo bien pegadita a la pantalla, bebé. —Unos vivarachos ojos azules la observaban con diversión cuando se giró hacia la barra.

Smith. En Nunca Jamás era más conocido como Smee y aunque la prudencia nunca fue su mejor virtud, al menos modificó un poco su nombre al aterrizar en Dark Times, quizá para compensar la estupidez de seguir llevando esas estúpidas camisetas de rayas y ese estúpido pelo casi blanco como la nieve. Porque así era Smith: estúpido. Y por desgracia, muy bueno sonsacando información en aquella sala diminuta adjunta al bar... y sacando a Bell de sus casillas. Pero también

haciéndola sonreír. Era estúpido... pero con encanto. Encanto que a la gente le gustaba y que a menudo les hacía olvidar que era el mejor amigo de Hook.

—Sabes que la mayor parte de nuestra clientela son machirulos y que no hay ni una sola mujer aparte de nosotras tres en la barra, ¿verdad? —respondió de forma cansada Bell, mientras ponía dos vasos de chupito entre ellos.

—Bueno, quizá estás asumiendo cosas, bebé. Te sorprendería la cantidad de aventuras que he descubierto entre dos *machirulos*, como tú los llamas. Nunca subestimes el poder de una buena mamada. —Smith le guiñó un ojo y Bell puso los suyos en blanco mientras llenaba de ginebra los dos vasos.

—¿Y eso lo sabes por experiencia propia?

—Amor, si lo que quieres es demostrarme que haces mejores mamadas que un machirulo, siempre estoy abierto a probarlo —replicó juguetón Smith, arrancándole una carcajada—. Además, seguro que Hook se apunta. Y yo también estoy abierto a eso.

—Si tan abierto estás a ello, quizá podrías haber aprovechado todos esos años que pasasteis juntitos y solitos en un barco en mitad de la nada. Suena como una oportunidad desperdiciada, *amor* —dijo Bell mientras chocaba su vaso contra el de él para después deslizar todo el contenido garganta abajo.

—¿Y privarte a ti de la oportunidad de mirar? No, bebé, no soy tan desconsiderado. —Smith hizo otro tanto con su chupito y se giró para buscar a Hook con la mirada—. Y, oye, si quieres participar... tampoco me cerraría a eso.

—Cómo te gustaría, ¿eh? —Smith se giró y la miró con una sonrisa pícaro—. Tener tanta suerte, quiero decir.

—Algún día te darás cuenta de lo que te estás perdiendo. —Smith se inclinó sobre la barra hasta que su nariz rozó la de Bell. Su respiración era pausada y todo él desprendía un olor a canela y ginebra. Chispas de diversión iluminaban sus expresivos ojos azules y se humedeció el labio inferior de manera pícaro—. ¿No te han dicho nunca que dos



son mejor que uno? En todos los sentidos posibles que quieras darle a esa frase, claro.

—¿No sabes hablar de otra cosa? *Bebé*, eso del tío que solo hace insinuaciones sexuales ya no nos va. Pero supongo que no todos los hombres son lo suficientemente inteligentes como para saber usar la cabeza de arriba mejor de lo que usan la de abajo. —Ahora fue el turno de Bell de guiñarle un ojo a Smith mientras recogía los vasos, rozando ligeramente su mano mientras él negaba con la cabeza, divertido.

—Me rompes el corazón y me trastocas la cabeza con tus palabras, bebé. La de abajo, quiero decir. Pero me gusta. Nunca diría que no a un *enemies to lovers*. —Smith sonrió y Bell se inclinó para besarle la mejilla con cariño—. Oye, no seas cruel. Si no me das el trío, no me des besos. No quiero migajas.

—¿Y cuándo he dicho yo que no al trío en esta conversación, *bebé*?

Smith entreabrió la boca y sus ojos chispearon. Arqueó una ceja y saltó por encima de la barra para atrapar a Bell entre sus brazos.

—Si me fuesen las tías, serías la primera a la que acudiría. —Le dio un rápido beso en la cabeza antes de acercarse a observar las imágenes de vigilancia.

—Bueno, siempre puedes intentarlo con Hook y uno de los seguratas. Yo *también* estoy abierta a eso.

Smith soltó una carcajada y Bell se apoyó en su hombro mientras se fijaban en las imágenes.

—Ya sabía yo que no eras todo inocencia y fragilidad —respondió mientras ampliaba la imagen de la cámara que enfocaba a la puerta cercana al baño de caballeros—. Oye, ¿esos no son Los Gemelos? Creía que seguían en la cárcel.

—Hasta donde sé, no deberían de haber salido hasta dentro de tres días. Son los sospechosos principales del accidente de la semana pasada —contestó Bell mientras ampliaba aún más la imagen y apretaba la tecla oculta en el lateral del teclado para escanear las caras de Los Gemelos. Inmediatamente, el ordenador les enseñó una copia de su ficha policial—. ¿Ves? Tres días.

El dedo de Bell señaló la fecha real de liberación mientras ella no apartaba la vista de la imagen en tiempo real. Los hermanos eran sorprendentemente altos y de complexión delgada. Ambos tenían tatuajes en los brazos, que llevaban al descubierto por las camisetas sin mangas, y los músculos de los bíceps se les marcaban cada vez que uno movía las manos en el aire y el otro se cruzaba de brazos. La única diferencia que había entre ellos era que, a pesar de ser gemelos idénticos, uno llevaba el pelo de color púrpura y el otro de azul eléctrico. Solo se les diferenciaba por ese detalle, nadie sabía sus nombres y todo el mundo los conocía como Los Gemelos.

Hablaban de forma rápida y disimulada junto a la puerta del baño, el del pelo azul estaba furioso y le reclamaba algo al otro haciendo aspavientos con las manos. Smith se sacó unos auriculares inalámbricos del bolsillo y le tendió uno a Bell. Se los pusieron y los vincularon con el ordenador, activando el audio del micrófono que se situaba justo al lado de la puerta el baño.

—¿... no te das cuenta? Él nos quería allí, por eso nos sacó de la trena.  
—La voz del gemelo del pelo púrpura llegó un poco distorsionada por el ruido de fondo del bar. Bell apretó otra tecla y el audio se limpió de ruido de forma automática, dejando únicamente las voces de los hermanos.

—No tiene ningún sentido. ¿Para qué cojones nos quería allí? No es como si hubiésemos pasado desapercibidos. —El gemelo del pelo azul sonaba exasperado.

—Como si debiese tener algún motivo para hacer lo que hace.

—No me gusta que nos utilice como a unos putos sirvientes con los que puede hacer lo que quiera.

—¿Y te crees que a mí sí? No me hace ni puta gracia que pueda sacarnos del trullo así como si nada cuando se supone que deberíamos seguir otros tres días allí metidos, pero no voy a quejarme si gracias a eso estamos fuera. —El del pelo púrpura se encogió de hombros ante la cara incrédula de su hermano.

—¿A qué precio, hermano? ¿Te crees que esto ha sido gratis? Tú mismo lo has dicho: él quería estuviésemos en esa fiesta de ricos como

dos perritos falderos que le lamen el culo. ¿Y qué hicimos allí? Absolutamente nada. No tiene sentido. ¿Tantas molestias en sacarnos de la cárcel para luego simplemente dejarnos estar allí sin hacer nada? Solo nos hemos puesto hasta el culo de comida cara y champán, dos cosas que ni tú ni yo tenemos en nuestra rutina habitual.

—Es raro, pero a la comida y la bebida gratis no se les dice nunca que no.

—Espero por nuestro jodido bien que no pasase nada con esa comida y bebida gratis. Porque estoy convencido de que nuestra presencia allí no era simplemente como la de invitados a una fiesta de mierda.

—Hombre, relájate un poco. Piensa en todo el caviar que hemos comido y todo el champán que hemos bebido. Piensa bien en ello, porque ha sido la única vez en tu puta vida que vas a disfrutar de esa mierda.

—Si viene de su parte, me alegraré de que sea la única. —El gemelo del pelo azul se alejó de su hermano. El otro no tardó en ir detrás y Smith y Bell cambiaron de cámara para seguir su recorrido hacia la puerta, por donde salieron empujando de forma brusca a una pareja que entraba por ella.

Smith guardó los auriculares mientras Bell observaba la ficha policial que aún seguía abierta en la pantalla del ordenador. Había pocos datos personales, pero sí una detallada lista de todos los delitos cometidos por los hermanos. La mayoría estaban relacionados con vandalismo, drogas y robos aleatorios, pero el último de la lista era el que más llamaba la atención por lo mucho que desentonaba con el resto.

—¿Crees que de verdad lo hicieron ellos? Los veo demasiado estúpidos como para hacerlo —preguntó Smith mientras señalaba con la cabeza hacia el final de la lista de delitos de Los Gemelos.

—No los veo orquestando semejante accidente solo para matar a un turista cualquiera que visitaba esta ciudad de mierda por casualidad. Creo que son unos delincuentes de poca monta y ya —respondió Bell mientras cerraba la ficha policial—. Pero sí estoy de acuerdo con ellos en que si alguien los ha sacado de la cárcel con tres días de antelación, es porque los necesitaba para algo. Y ambos sabemos quién es ese alguien.

—En otro momento te diría que estás obsesionada con él, pero aquí creo que tienes razón. Y ellos también. No tiene pinta de que Tic Tac haga las cosas porque sí, siempre parece tener un motivo oculto. Y con esas pintas, esos dos no harían más que desentonar en una fiesta de ricos.

—Además, la fiesta de los Chambers llevaba planeada desde hace meses y ha sido la única fiesta de esta semana. ¿Cómo coño han metido a estos dos en la lista de invitados sin un motivo detrás? Aquí hay gato encerrado, Smith, y no me gusta no saber qué es. Las cosas están cambiando y no nos estamos enterando. Fiestas cada vez más frecuentes, tormentas casi cada semana, muertes con cada una de ellas...

—La ciudad ha cambiado, sí, pero creo que en este caso Tic Tac es solo un gilipollas ególatra al que le gusta tener el control y usar a los mortales como peones porque se aburre demasiado y no quiere hacerse pajas.

—¿Y si no es así? La magia tiene su propia voluntad y lo sabes.

—No todo tiene que ver con la magia, Bell —comentó Smith con tono cansado mientras la chica le servía una copa a un cliente cercano—. Deja de darle vueltas. Tic Tac no tiene nada que ver con Nunca Jamás ni con la magia.

—Ojalá tengas razón, Smith, porque esta noche hay tormenta. Y no es de las suaves.

# Melodía

—¿Está hecho?

—Señor...

—¿Está hecho?

—Señor, creo que...

—Lo que tú creas o dejes de creer, me la suda. Te estoy preguntando si está hecho.

—S-sí. E-está hecho.

—Bien. Largo.

Unos pasos apresurados recorrieron la distancia hasta la puerta en apenas veinte segundos. Esta osciló brevemente y se cerró con suavidad. El hombre que se quedó atrás se apoyó en el escritorio, de espaldas a la puerta, observando la oscuridad de la noche a través del enorme ventanal de su oficina. Se sentía el dueño del mundo en la cúspide de ese rascacielos.

Los relámpagos iluminaban la estancia sumida en la penumbra, de modo que decidió no encender las luces. Las sombras ocultaban su rostro y lo hacían sentirse como en casa.

Tres toquécitos leves en la puerta rompieron el silencio que había inundado la habitación tras el último trueno y él alzó la voz sin girar la cabeza hacia el intruso.

—Qué.

—Señor, la noticia saldrá a primera hora, tal y como usted ordenó.

—¿Seguro? No quiero ni un solo fallo.

—Acaban de llamar del periódico para confirmarlo.

—Bien. Como haya un solo error, tus pelotas serán lo primero en desprenderse de tu cuerpo.

Su interlocutor tragó saliva de forma audible y volvió a cerrar la puerta. Él sonrió. Le encantaba percibir el miedo que desprendían todos los inútiles que trabajaban para él, la manera en que sus respiraciones se agitaban, provocando ese sutil tartamudeo que era música para sus oídos. Ese temor tan intrínseco que poseían todos los que lo rodeaban era la prueba irrefutable de que *era* el dueño del mundo. Era su poder, su fuerza, su magia. Y cada uno de los gritos que salían de la boca de sus víctimas daba forma a una melodía que no hacía sino empoderarlo cada vez un poco más.

Y un poco más.